



de la regencia de Castilla por muerte y testamento del Rey Católico, á causa de la incapacidad de la reina doña Juana y de hallarse ausente el príncipe D. Carlos.

Es digno de elogio su gobierno, porque extendió y consolidó la jurisdicción real dentro de los fueros y leyes de Castilla, así contra las intrusiones de los austriacos, como contra las pretensiones de la nobleza. Dió pruebas de lo primero sosteniendo enérgicamente su autoridad contra Adriano de Utrech, dean de Lovaina y preceptor del príncipe D. Carlos, enviado aquí como embajador para representarle. Y las dió de lo segundo arrancando de una sola pluma á los magnates todas las rentas y posesiones de que les hizo donación Fernando V.

No olvidó Cisneros otros tres puntos importantísimos entonces para nosotros: la conquista de los países berberiscos, de cuyas resultas se apoderó de la plaza de Orán, y que si no continuó, no fué por su culpa; la reforma necesarísima, así de monacales como de mendicantes, para lo que estaba facultado por la bula de Alejandro VI, y la restauración de los estudios en ambos cleros, haciendo imprimir muchas obras sagradas y profanas, y entre aquéllas la impresión de la *Biblia Poliglota*, llamada *Complutense*. Se debe, por último, al cardenal Cisneros la fundación de la universidad de Alcalá, la del colegio mayor de San Ildefonso y de otros menores para estudiantes pobres. Una sola cosa se le censura, acaso con sobrada ligereza, y es que en lugar de seguir la conducta del primer arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, convirtiendo á los moriscos por la persuasión, la enseñanza y el amor, empleó los medios del terror para amedrentarlos y obtener una conversión como quería.

Proclamado ántes ya D. Carlos rey de España, hizo su entrada por Villaviciosa de Asturias. El célebre regente salió á recibirle, pero Carlos V y los flamencos huyeron de él por no recibir sus severos consejos. Este desaire del emperador y su edad le acabaron la vida en Roa, sin conocer al nuevo soberano ni resignar en sus manos un poder tan sábiamente ejercido.

Carlos, hijo de Felipe el Hermoso y de doña

Juana la Loca, fué proclamado rey de España, siendo regente el cardenal Cisneros, y coronado, áun viviendo su madre, que era la reina propietaria, no sin algunas dificultades que opusieron los aragoneses por esa misma razón. No bien llegó á España, cuando la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano, le llamó al trono imperial y á la rica sucesión de los Estados que poseía su casa en Alemania. Determinó convocar las Cortes del reino á fin de exigir algunas sumas para los gastos de su coronación y otros asuntos.

Los castellanos recibieron con descontento esta determinación de D. Carlos: primero, porque contra lo dispuesto en un capítulo de las Cortes de Búrgos, veían ocupados por los extranjeros los principales puestos del reino, manifestando en esto D. Carlos, así como en otras cosas, poco respeto á las leyes y costumbres de Castilla; y segundo, por la novedad de convocar las Cortes para Santiago, cosa nunca vista hasta entonces, y que cedía en mengua de las ciudades de Castilla y Leon. Como quiera que sea, las Cortes se abrieron, y despues de diferentes sesiones, nada pudo concluirse en ellas, porque los procuradores de Toledo, Sevilla, Córdoba, Zamora y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio que pedía don Carlos.

Vivamente irritado de esta negativa, trasladó las Cortes á la Coruña en Mayo del mismo año, y allí, no sin una oposición fuerte, pudo conseguir un servicio de 200.000.000 de maravedís en tres años, si bien no dejaron de insistir los procuradores en que los empleos civiles y las dignidades eclesiásticas se confriesen únicamente á españoles, y que españoles fuesen también aquellos á quienes confiase el gobierno en su ausencia. Las cosas, sin embargo, quedaron en el mismo estado, y el rey nombró gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; virey de Valencia á D. Diego de Mendoza; justicia de Aragon, á D. Juan de Lanuza, y capitán general de sus armas, á D. Antonio Fonseca. Hubo quejas y representaciones contra el nombramiento de gobernador; pero D. Carlos no dió oídos, y se hizo á la vela el 20 de Mayo de 1520.



Esta manera de obrar produjo tal descontento y enojo, que algunas ciudades, bajo la voz y divisa del bien de la patria, ahórcaron á alguno de sus procuradores por haber votado el donativo de los doscientos millones. La sublevación fué comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidez, que en un momento se vieron levantadas las dos Castillas y parte de las Andalucías. Los pueblos sublevados tomaron el nombre de *Comunidades*, y los individuos de que se componían el de *Comuneros* nombre nada mal sonante en su origen, sino muy propio y expresivo para denotar que se levantaban para defender los intereses de la comunidad, del pueblo. Capitaneados los de las comunidades por D. Juan de Padilla se apoderaron de doña Juana, y tomando su nombre, decretaron la prisión del presidente y oidores de la chancillería de Valladolid, y representaron á D. Carlos lo mismo que ya le habían hecho saber en las Cortes los procuradores. Informado también éste de lo ocurrido por los flamencos, asoció al gobierno del cardenal al almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez y al condestable D. Íñigo de Velasco, escribiendo al mismo tiempo diferentes cartas á la nobleza para que no hiciese causa con los comuneros.

Estas cartas produjeron su efecto, y con tanta más oportunidad, cuanto que las comunidades empezaron á manifestarse hostiles á la nobleza. Por esta causa, y por las excisiones que se manifestaron en el campo de los sublevados, algunas ciudades comenzaron á deponer las armas; la nobleza, unida á los realistas ó partidarios del rey, levantó un ejército respetable, y la batalla decisiva de Villalar, ganada por los realistas contra los comuneros, pagando con sus vidas los principales caudillos, destruyó la liga. Toledo, despues de una resistencia tenaz, que sostuvo la ilustre y valerosa doña Juana Pacheco, mujer de Padilla, se rindió al poco tiempo, y D. Carlos, recién llegado de Alemania, al terminarse esta guerra, acabó de apaciguar la rebelión. También en Valencia hubo la guerra llamada de la Germania, guerra, no contra los abusos del poder real, sino del pueblo contra la nobleza, así como en Mallor-

ca. En Aragon hubo alarmas y temores, pero no sedición abierta y declarada.

Desde el fin de las comunidades hasta las expediciones de Carlos I al Africa, mediaron las guerras primera y segunda con Francisco I, rey de Francia. De modo que el tiempo que estuvieron suspendidas las hostilidades entre la segunda guerra y la tercera, fué la expedición de Carlos I á Túnez. Conócese con el nombre de Berbería la parte del continente de Africa cuyas costas baña el Mediterráneo; dividido este país entonces en muchos reinos, eran los principales Marruecos, Argel y Túnez. Su historia ántes del siglo XVI es poco conocida, y no merece serlo; pero en este tiempo aconteció un hecho que hizo de los Estados berberiscos una potencia temible á los europeos. Horuc y Aradin, conocidos más por el sobrenombre de Barbaroja, hijos de un ollero de la isla de Lésbos, fueron los autores de esta revolución. Reuniéndose á una banda de piratas, y distinguiéndose entre ellos, tuvieron la habilidad de juntar una pequeña armada, y de uno en otro suceso, apoderarse del reino de Argel y del de Tremecen. Horuc, el mayor, murió peleando contra los españoles que guardaban á Orán. Le sucedió Aradin, quien puso sus Estados bajo la protección de Soliman el Magnífico, y le manifestó el pensamiento de conquistar á Túnez, como lo hizo.

En este estado las cosas, D. Carlos no pudo ya permanecer indiferente á las súplicas del rey destronado de Túnez, Muley Hasam, y á las quejas de la cristiandad, que le consideraba como el único monarca capaz de poner fin á los robos y tropelías de esos piratas. Carlos I, reuniendo todas sus fuerzas para una empresa en que tenía fija su atención toda la España, se embarcó en Barcelona y arribó á la vista de Túnez. Los resultados de esta expedición fueron la toma del fuerte de la Goleta, la destrucción del ejército de Barbaroja, apoderarse de Túnez, restablecer á Muley como feudatario del rey de España, y dar libertad á veinte mil cautivos cristianos, que publicaron por toda Europa la generosidad y el poder de su libertador, haciéndose digno de ocupar el puesto de primer soberano de la cristiandad.



Concluida la tercera guerra con Francisco I, y durante la tregua de Niza, el rey D. Carlos convocó Cortes en Toledo, castigó la revolucion de Gante é hizo una nueva expedicion á Argel. De las causas que influyeron en la suspension de la guerra, no fué la ménos eficaz la falta de recursos; esto obligó al rey D. Carlos á reunir en Toledo las Cortes de Castilla y pedir subsidios. Hubo una oposicion fuertísima á concedérselos, sobre todo en la nobleza, que se los negó del todo; primero, porque los creía innecesarios para el bien de la nacion, y en segundo lugar, porque no queria perder el privilegio de no pagar pecho ni tributo. Carlos V cedió por consideraciones políticas, obtuvo un cuantioso donativo de las ciudades; pero desde entónces no volvió á llamar á las Cortes los brazos de la nobleza ni del clero.

Poco despues estalló en Gante una sublevacion, por resistirse tambien á pagar nuevos tributos. Carlos V creyó deber ir en persona á apaciguarla, atravesó la Francia por Paris con el salvo-conducto del rey Francisco (admirándose unos y temiéndolos otros); llegó á Flándes; sometió y castigó á los rebeldes; pasó á Alemania; celebró en Ratisbona la Dieta general del imperio, y despues fué á Italia á acelerar los preparativos de la expedicion que habia proyectado contra Argel. Esta expedicion se desgració, porque la escuadra fué destruida por las tempestades. Era en el mes de Octubre.

Cansado el emperador Carlos V de las guerras de Francisco I, fatigado de los negocios, quebrantada su salud y afligido por el tratado de Passau, resolvió trocar la vida agitada del mundo por la tranquila del cláustro, mas sin dejar de tomar parte en los graves negocios del Estado, sobre los que le consultaba su hijo Felipe II. Renunció en su hijo Felipe los Países-Bajos y el Franco-Condado, propios de la casa de Borgoña. El 1.º de Enero del año siguiente renunció tambien á favor del mismo D. Felipe la corona de España, al que habia dado antes los Estados de Italia. Y finalmente, dos años despues dejó á su hermano Fernando la corona imperial y los Estados de la casa de Austria en Alemania. De este modo quedó di-

vidida la casa de Austria en dos ramas, pero su conformidad de ideas las unió estrechamente. Despues de su abdicacion, se retiró el monarca más temido de su siglo á vivir como un particular en Yuste, monasterio de Jerónimos á siete leguas de Plasencia, en donde permaneció hasta su fallecimiento. Su madre doña Juana habia muerto en Tordesillas.

Por abdicacion de Carlos I, entró á reinar en España su hijo Felipe II el Prudente. Ningun soberano de Europa podia competir en poder y en Estados con él. España, y á poco Portugal, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanésado, el Rosellon, los Países-Bajos, el Franco-Condado, eran sus Estados en Europa. Tenia en Africa, Túnez y Orán, las Canarias, Fernando Póo y Santa Elena. Y en América, el Perú, Méjico y Santo Domingo, con otras posesiones del Nuevo Continente. Esta era la razon por que se decia entónces que no se ponía el sol en los Estados del rey de España.

Apenas se firmó la paz de Chateau-Cambresis, que puso fin á las guerras empezadas en tiempo de Carlos V y Francisco I, cuando los españoles volvieron á su perpétua guerra contra los infieles, proponiéndose Felipe II continuar la empresa comenzada por Fernando V, continuada por el cardenal Cisneros y seguida por su padre Carlos I, de la conquista de las costas de Berbería. Las expediciones enviadas contra Trípoli fueron de un éxito poco feliz. Sin embargo, la batalla naval de los Gelves tuvo de útil el poner de manifiesto á la corte de España la necesidad de crear una marina poderosa, como se hizo con la mayor actividad. Las defensas de las plazas de Mazalquivir y de Orán, sitiadas por Asan, rey de Argel, auxiliado del sultan de Turquía, fueron entre las acciones de guerra de aquel siglo las más gloriosas para la milicia española, así por el corto número de los sitiados, como por la mucha y excelente tropa de los sitiadores. Ultimamente, el Peñon de la Gomera, conquistado por el Rey Católico, y recobrado por los moros en tiempo del emperador Carlos V, se rindió á las armas de Felipe II. Resentido de esta pérdida Soliman el Magnífico, emperador de los turcos, acometió la isla de Malta, librándose de



caer en poder de los infieles con el oportuno socorro que envió D. Felipe.

Dióse el nombre de moriscos á los moros que quedaron en España despues de la conquista de Granada, y se convirtieron á nuestra santa religion. Aunque cristianos en el nombre, eran musulmanes de corazon; así que, irritados con las disposiciones tomadas por Felipe II contra ellos para que renunciassen á su idioma, usos y costumbres, sublevaron las Alpujarras y gran parte de la sierra de aquel reino; se apoderaron de algunos pueblos de la costa para recibir por ellos socorro de sus correligionarios de Berbería, y nombraron por rey á un descendiente de la antigua dinastía de los Omeyas, cuyo nombre cristiano era D. Fernando de Valor, y que en la rebelion tomó el nombre de Abenhumeya. El marqués de Mondéjar y el de los Vélez los batieron sin resultado alguno decisivo, y fué necesario encargar á D. Juan de Austria esta guerra, teniendo la felicidad de concluirla, y siendo en su consecuencia expulsados los moriscos residentes en el reino de Granada.

D. Juan de Austria, concluida la guerra de los moriscos, fué destinado á una empresa más grande, y que inmortalizó su nombre. A la muerte de Soliman el Magnífico entró á reinar en Turquía su hijo Selim II. En 1570 se apoderó de la isla de Chipre, que pertenecía á los venecianos, y cuya pérdida se consideró de grande importancia, porque dejaba disponibles todas las fuerzas navales del gran señor contra el Occidente. Para contener las invasiones de los turcos se formó una liga entre Felipe II, San Pio V y la república de Venecia, y aprestándose una armada de más de doscientos bajeles, se confió el mando al animoso y experimentado capitán D. Juan de Austria. En el golfo de Lepanto, cerca de la isla de Cefalonia, se dió la famosa batalla naval, en que

triunfaron completamente las armas cristianas, mereciendo D. Juan de Austria que la Europa entera le aplicase aquellas palabras del Bautista: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joanes*. Las consecuencias de este combate fueron quedar destruido para siempre el poder marítimo de los turcos, y quedar libre la Europa del temor de otra invasion, temor que siempre tuvo en sobresalto á la cristiandad desde la toma de Constantinopla por Mahomed II.

Los reinados de Carlos I y de su hijo Felipe II llenan casi todo el siglo XVI, el siglo que la historia de todas las naciones llama nuestro, por habernos distinguido en todo.

Se distinguieron por su eminente virtud los Santos Juan de Dios, Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Tomás de Villanueva, Luis Beltran, Teresa de Jesus, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, Pascual Bailon, Toribio Alfonso Mogrobojo, y los venerables Juan de Ribera y Juan de Avila.

Sobresalieron por sus escritos el venerable padre fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, el M. Alejo Venégas, Fr. Luis de Leon, Guevara, Fr. Diego de Estella, Chacon, el M. Juan de Avila, Márquez, el P. Malon de Chaide, el M. Fernan Perez de Oliva y el P. Fr. Fernando de Zárate; Melchor Cano Victoria, Soto, Medina Navarro, Alpizcueta, Maldonado, Covarrubias, Salmeron, Antonio Agustin, Vazquez, Bañez, Luiz Molina, Castro, Ponce de Leon, Fr. Bartolomé de las Casas, Villalpando, Fr. Bartolomé de los Mártires; Arias Montano, Luis Vives, Antonio Perez, Francisco Sanchez, el Brocense, Matamoros, Fr. Hernando del Castillo, Mejía, D. Diego Hurtado de Mendoza, Ocampo, el P. Sigüenza, Fr. Diego de Yepes, Jerónimo Zurita, Bernal Diaz del Castillo, Garibay, Sepúlveda, Ambrosio de Morales, Fernandez de Oviedo, Francisco Gomara, Ercilla, Hernando de Herrera.